

## Mujeres desperdiciadas

Posiblemente no hay nadie más apto para escribir una historia de la Ciencia que Isaac Asimov (**Biographical Encyclopadia of Science and Technology, Avon, Nueva York**). Uno avanza embelesado por sus 773 páginas de biografías, casi sin darse cuenta del enorme volumen de material que está leyendo, tal vez porque casi todos sentimos algo de curiosidad por las vidas ajenas, aunque sea con la secreta intención de buscarles algo que criticar. Por ejemplo, no es de extrañar que don Isaac incluyera allí su propia biografía: si los pedantes tuviéramos una asociación, seguramente él sería presidente honorario, como ha confesado con frecuencia (“un orgullo sincero es mejor que una falsa modestia”). El tema del engrimiento me trae al asunto central: la vanidad masculina.

De las 1.195 biografías seleccionadas por Asimov, casi la totalidad corresponde a hombres. Esto tiene una base real: son relativamente muy pocas las mujeres que han hecho contribuciones significativas a la Ciencia.

Considerando que todos los esfuerzos por demostrar una inferioridad mental femenina han fracasado rotundamente, la explicación de ese hecho debe buscarse en factores del medio y todos sabemos que prácticamente todas las sociedades han excluido siempre a la mujer de los papeles intelectuales.

Precisamente en esto pensaba durante la entrega oficial de su texto, sobre estructura y función de las plantas, a Eugenia Flores, destacada académica costarricense. Me preguntaba cuántas mujeres de su alta capacidad intelectual pierde el mundo científico porque la sociedad las convierte en amas de casa, secretarias, etc., mientras una cantidad equivalente de hombres mediocres ocupa sus puestos, como podemos comprobar frecuentemente.

Con base en una proporción sexual y de equivalencia intelectual 1:1, es fácil calcular que hasta ahora hemos perdido más de un millar de científicas del nivel de Premio Nobel y probablemente millones al nivel normal.

Esta situación no cambiará por mucho tiempo: lo que más nos cuesta entender a muchos hombres es por qué no nos han deificado, si hasta convertimos nuestra oficina en un Sanctum Sanctorum protegido por las sacerdotisas de la máquina de escribir.